

Para el mes de María



Juan Jáuregui

Para el MES DE MARÍA...

1. PROHIBIDO CORRER: Es corto; no tengas prisa en acabar. Dale tiempo a que Ella te hable.

2. LO QUE NO ESTÁ ESCRITO ¿Sabes qué es lo mejor de los textos? Lo que no está escrito y tú le digas; la conversación que tú, personalmente, tengas con María.

"NO TIENEN VINO": presenta siempre a tu Hijo mis necesidades y las de todos tus hijos e hijas.

"HACED LO QUE ÉL OS DIGA": dame luz para saber lo que Jesús me dice, y amor grande para hacerlo fielmente.

"HE AQUÍ LA ESCLAVA DEL SEÑOR": que yo no tenga otra respuesta ante todo lo que Él me insinúe.

María es más madre que todas las madres juntas:

"Cuídanos como Tú sabes". Amén

Oración juvenil

María, hoy te queremos invocar con el nombre más bonito; queremos llamarte "MADRE".

Queremos pedirte que estés cerca de nosotros. Que cuides nuestro crecimiento, como cuidaste el de Jesús.

Queremos recordarte y sentirte cerca en nuestros momentos difíciles; y también en los momentos fáciles y gozosos.

Ojalá sepamos quererte como te quería Jesús.

Ojalá sepamos imitarte en decirle "SI" a Dios.

Ojaláelijamos en todo momento lo que es bueno y sincero, como elegiste tú.

¡Santa María, Madre de Jesús y Madre nuestra, ruego por nosotros!

1.- Una madre siempre está pendiente de sus hijos.

Sabe perfectamente que no todos necesitan lo mismo. Y da a cada uno lo que cada uno necesita.

Acudimos hoy a María, cada uno le presenta su necesidad. Ella, maestra de oración, nos ayudará como buena Madre.

Rezamos un Ave María pidiéndole que nos enseñe a orar y a guardar, en nuestro corazón, la Palabra de Dios.

2.- Alégrate, María, el Señor está contigo.

Y Dios nos regaló una Madre, la "Bendita entre todas las mujeres"

Es bueno acudir con frecuencia a la Madre y presentarle una petición: que nos indique lo qué debemos hacer. Ella nos dirá lo que dijo en las bodas de Caná: "Hacer lo que Él os diga". Una invitación a escuchar a Jesús. Si de verdad queremos escucharle, le sobran medios para hacerse entender.

Rezamos un Ave María para que, ella que es Madre, nos ayude a orientar a nuestra juventud. Que descubran los valores fundamentales de la honradez, la paz, la escucha y tantos otros que hoy día nos faltan.

3.- No hay medida humana capaz de calibrar lo que cuesta un hijo a su madre.

Y cuántas veces tienen que oír, ver y sufrir las impertinencias del hijo. Uno, pequeño de seis años, cuya madre no accedía a comprarle lo que él quería, le decía: "¡Qué mala eres mamá!. No conozco ninguna mujer tan mala como tú.

"No te preocupes, hijo mío, le contestó la madre, ya la conocerás".

El amor materno es un milagro de amor, el más fiel reflejo del amor divino.

Madre, enséñanos a amar como tú amaste a Jesús, tu Hijo y a todos los que te rodeaban, a todos mirabas como a hijos.

Gracias, María, a mí también me miras con ese amor de Madre.

Rezamos un Ave María pensando en tantas jóvenes que un día serán madres, para que descubran y valoren el instinto maternal.

4.- Una abuela lleva a su nieta a ver una procesión, era de la Virgen de Fátima. La niña, al ver pasar a la Virgen, le dijo a su abuela:

- Pobrecita la Virgen, debe de estar muy cansada y no puede andar; por eso tienen que llevarla.

Al terminar la procesión, la abuela le llevó a la iglesia. Cuando se marchaban, la niña lloraba porque quería llevarse a la Virgen a su casa para que descansara.

A veces, también los mayores pensamos como la niña: "la Virgen debe de estar cansada de oírme, de mis peticiones, de mis fracasos y de mis promesas..."

Un canto a María dice en una de sus estrofas:

"Y al rezarte pude comprender que una madre no se cansa de esperar..."

No se cansa de esperar, no se cansa de escuchar, no se cansa de ayudar, porque no se cansa de amar.

Este es el secreto y esta es nuestra garantía y el motivo de nuestra confianza.

Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor está contigo... Por las abuelas, para que sean verdaderas catequistas de sus nietos.

5.- Cuentan que Miguel Ángel, sólo firmó, de todas sus obras, La Pietá. En un repliegue del manto de la Virgen puso su nombre, en el año 1500.

El rostro de la Virgen reproduce el de su madre. Y la madre de Miguel Ángel había muerto cuando él tenía cinco años.

Impresiona comprobar como se graba en la mente del niño la imagen de su madre. Y es muy lógico que esa imagen sea el punto de apoyo y de partida para imaginarnos a la Virgen María.

Aunque sería más exacto decir, parafraseando el Génesis, al hablarnos de la creación del hombre, que nuestras madres están hechas "a imagen y semejanza" de María. Ella es el modelo de Madre. O, mejor dicho, es la Madre por excelencia.

Reza un Ave María acordándote de todos los niños que sufren la muerte de sus madres, por enfermedad, en las guerras, en atentados terroristas...

6.- La estampa

"Casi toda mi familia es católica, y se lo debe a mi abuelo. Había nacido en una familia no-católica de Hungría. Un día, siendo pequeño, encontró una estampa de la Virgen cuando iba camino de la escuela. La recogió y la guardó en un libro. Desde entonces no paró de preguntarse quién sería la hermosa Señora del grabado.

Un día uno de los profesores se la vio; se le había caído sin darse cuenta del libro. Muy enfadado interrogó a mi abuelo a ver dónde y cómo la había conseguido. A pesar de que dijo la verdad, le castigó severamente. Aquello no hizo más que agudizar la curiosidad que ya tenía. ¿Cómo era posible que alguien recibiera una castigo por llevar una estampa? Y lo más importante: ¿quién era la persona que estaba allí dibujada?

En 1905 llegó a América, allí conoció a mi abuela, que era protestante y se casaron. Se casaron por lo civil en 1917.

Su curiosidad por la estampa no paró hasta que en una iglesia católica le explicaron de quien se trataba. Y lo que empezó siendo curiosidad por la persona del dibujo, se convirtió en interés por la religión que la veneraba. Mis abuelos fueron a la catequesis, se convirtieron al catolicismo, se casaron por la Iglesia y educaron en la religión católica a sus once hijos.

Gracias a aquella estampa de la Virgen, mis 85 primos y mis 105 primos segundos son católicos.

Algunos aún no lo son. Pero de ellos ya se encargará mi abuelo, con la Señora de la estampa desde el cielo".

Dios se suele servir hasta de lo más insignificante. Y por María siempre se llega a Jesús y a su Iglesia.

Rezamos un Ave María por todos los que no conocen a Jesucristo. Que por medio de María vayamos a Jesús.

7.- El recuerdo de la madre

Un famoso millonario paseaba un día, el Rey del Acero, con el encargado de tramitar las infinitas peticiones que se le hacían de todas partes. De pronto, una anciana les detuvo para pedirles que cancelara la hipoteca que tenía de su casa.

Está bien, señora. Será cancelada su hipoteca, respondieron y siguieron su camino.

Perdone usted, dijo el asesor. Yo ya le había negado a esa señora ese favor. No hay motivo alguno para que usted se interese por ella...

Al contrario, existe uno, dijo el famoso millonario.

¿Y cuál es?, si no es indiscreta la pregunta.

Su enorme parecido con mi madre.

Cuando acudimos a la Virgen María para que Ella interceda ante Dios, el Señor ve mucho más: no se parece mucho a su Madre: es su Madre. ¿Qué puede negarle?.

Si el parecido con la madre conmueve el corazón de un hombre, ¿qué no ocurrirá en el Corazón de Jesús?

La súplica de María, nuestra Madre, es omnipotente.

Rezamos un Ave María por todas las madres, las que están con el Padre y las que aún viven con nosotros.

8.- Un ángel de carne y hueso

Una antigua leyenda, cuenta que un niño, próximo a nacer, le dijo a Dios:

Me vas a enviar mañana a la tierra, ¿cómo viviré allí siendo tan pequeño y frágil?.

Entre los muchos ángeles, escogí uno que te espera, contestó Dios.

Pero aquí, en el cielo, no hago más que cantar y sonreír y eso basta para mi felicidad. ¿Podré hacerlo en la tierra?

Ese ángel te cantará y sonreirá todos los días y te sentirás muy feliz con sus canciones y sonrisas.

¿Cómo lo entenderé cuando me hable, si no conozco es extraño idioma de los hombres?

Ese ángel te hablará y te enseñará las palabras más dulces y más tiernas que escuchan los humanos.

¿Qué haré cuando quiera hablar contigo?

Ese ángel juntará tus pequeñas manos y te enseñará a rezar.

He oído que en la tierra hay hombres malos, ¿quién me defenderá?

Ese ángel te defenderá aunque le cueste la vida.

Pero estaré siempre triste porque no te veré más, Señor; y sin verte me sentiré muy solo.

Ese ángel te hablará de mí y te mostrará el camino para volver a mi presencia.

En ese instante, una inmensa paz reinaba en el cielo, no se oían voces terrestres, el niño decía suavemente:

Dime su nombre, Señor.

Y Dios le contestó:

Ese ángel se llama "MAMA"

Cada niño, además de ese ángel en la tierra, tiene otro ángel, también de carne y hueso, en el cielo: María, la Madre de Dios. Pues, como dice un proverbio francés: "hasta Dios ha querido tener una Madre".

Rezamos un Ave María por todos los niños que van a nacer en este mes, para que de verdad se encuentren con ese ángel que les enseñe a rezar y a hablar con Dios. Tenemos también presentes, a todos los niños que se quedan en el camino sin que les dejen ver la luz.

9.- Donde el frío no entra

Se cuenta en una fábula que el frío quedó sorprendido al oír cantar a un pajarillo en pleno invierno.

-¿Dónde has pasado la noche? -le preguntó.

-En un establo, donde los bueyes me prestaron su calor.

A la noche siguiente el frío arreció tanto que a los bueyes y mulas se les helaba el aliento. Y el frío, que ya creía muerto al pajarillo, oyó, con sorpresa, que seguía cantando.

-¿Pero dónde has pasado esta noche? -volvió a preguntar.

-En una cueva, donde habían quemado leña.

La próxima noche, aquella cueva quedó convertida en una nevera.

El frío no salía de su asombro al oír al día siguiente el canto del pajarillo.

-¿Pero todavía no has muerto de frío? ¿Dónde has pasado esta noche última? -preguntó de nuevo.

Junto al corazón de una madre que estrechaba a su hijo.

-Ahí no puedo entrar yo -pensó el frío, dándose por vencido.

Una de las mayores maravillas que Dios ha hecho es el corazón de una madre. Es lo más parecido al amor de Dios. Alcanza unos niveles de entrega inconcebibles para la razón.

La Virgen María es Madre; además, es la bendita entre todas las Madres. Y es mi Madre.

"Dios, no pudiendo estar en todas partes, puso en el mundo a las madres" (Proverbio árabe).

Rezamos un Ave María por tantas personas sin hogar, sin calor humano... Para que encuentren en su camino una mano amiga que les acoja en su corazón.

10.- Balduino y Fabiola

Cuenta el cardenal Suenens que, siendo primado de Bélgica, había acompañado al rey Balduino en sus visitas a distintos pueblos de la nación. Le llamaba la atención que la gente, ante la presencia del rey, solía gritar: "¡Viva la Reina, viva Fabiola!", aunque ella no estuviese presente. El cardenal,

movido por la curiosidad, algunas veces preguntaba a la gente:

-¿Por qué vitoreáis a la Reina si ella no está aquí ni os puede oír?

Y la gente le contestaba:

-Gritamos "viva la Reina" porque sabemos que eso le gusta al Rey.

A Balduino le gustaba oír vitorear a su esposa porque la quería con toda su alma.

A Jesús le gusta oír vitorear, aclamar, a su Madre porque la quiere como ningún otro corazón humano puede querer.

Por mucho cariño que tengamos y manifestemos a la Virgen María, nunca la querremos como Él la quiere. En amor a María no hay peligro de pasarse. El único riesgo que corremos es el de quedarnos cortos.

¡Ojalá no caigamos en él!

Rezamos un Ave María por las madres que no son queridas, comprendidas, acogidas, reconocidos sus desvelos, cuidadas... por sus hijos, que todos imitemos a Jesús en el cariño a su Madre.

11.- Separación forzosa

Un hombre se estaba muriendo cuando el médico que le atendía le cogió de la mano y le dijo:

No tenga usted miedo. No me apartaré de su lado.

El hombre se volvió hacia él y, fueron sus últimas palabras, dijo furioso:

Usted no se irá, pero el que me voy soy yo...

"Usted no se irá, pero el que me voy soy yo...". Ante la propia muerte uno se encuentra siempre solo. La compañía de parientes y amigos llega hasta ahí. Pero de ahí no pasa.

Conviene buscar y asegurar, mientras hay tiempo, compañeros que puedan llegar más allá. Y entre quienes pueden llegar más allá, traspasar la frontera de la muerte, está María: "Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte".

¿Qué consuelo debe de suponer en ese momento la compañía de la Madre!

Rezamos un Ave María por todos los moribundos. Por los que mueren acompañados por los suyos y por los que mueren solos. Por los que mueren sabiendo rezar y por los que nunca han aprendido a rezar.

12.- Multiplicación de la parentela

Juan XXIII era hijo de un granjero. Cuando le hicieron cardenal, como su nombre era Roncalli, un periodista le preguntó:

¿Su Eminencia es pariente del marqués Roncalli?

Hasta ahora no, dijo monseñor. Pero ahora que soy cardenal es posible que comencemos a emparentarnos.

El pobre, por no tener, no tiene ni quien reclame o presuma de ser su pariente. Con el rico o famoso ocurre lo contrario: le salen parientes como setas en una semana de lluvias.

"¡Cómo gusta a los hombres que les recuerden su parentesco con personajes de la literatura, de la política, de la Iglesia!...

Canta ante la Virgen Inmaculada, recordándole:

Dios te Salve, María, hija de Dios Padre. Dios te Salve, María, Madre de Dios Hijo. Dios te Salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo... ¡Más que tú sólo Dios!''.

Qué alegría estar emparentado con la misma Madre de Dios: ¡es mi Madre!.

Rezamos un Ave María por todos nuestros parientes y familiares.

13.- El personaje del año

Era una familia numerosa: 9 hijos, casados y con hijos casi todos. La madre, con muchos años y viuda, solía reunirlos con ella un día en las vacaciones de Navidad.

Conservaban desde niños una preciosa costumbre: a la hora del postre de aquella comida familiar, se elegía, por rigurosa votación, de entre los muchos miembros de la familia, el personaje del año.

La madre, mientras servía a cada hijo, le preguntaba, secretamente y con curiosidad, a quién pensaba votar ese año. Todos le decían que iban a votar a un hermano, a una cuñada, al pequeño que acababa de nacer...

Llegaba la hora del postre y, con él, la hora de la votación. Se recontaban las papeletas. Y la madre veía, con satisfacción nada disimulada, que en cada una de ellas era ella la elegida. Todos los años, por unanimidad, nombraban a la madre "personaje del año".

La madre es, sin duda, el personaje en la vida del hijo. No es fácil encontrar otro ser humano que influya tanto en nuestra trayectoria vital como la madre.

Y Jesús no creo que haya sido una excepción.

¡Ojalá sea también para nosotros, para mí misma la Virgen María "el personaje de mi vida!"

Rezamos un Ave María por todas las familias numerosas que saben alegrar la vida de los padres y abuelos mayores.

14.- Huérfano

Un joven universitario iba, con otro compañero, paseando por una alameda. Por allí pasean también muchas madres con sus niños chiquitines: las madres hablan y los niños juegan.

Uno de aquellos pequeños tropieza y se cae. Y al caer se le escapa del alma un grito lloroso: ¡Mamá!. ¡¡Mamá!!.

Al joven estudiante, nada más oírlo, también se le escaparon las lágrimas. Su amigo, desconcertado, le pregunta:

¿Qué te pasa?. ¿Por qué lloras?

Es que yo nunca he podido decir "mamá". Mi madre murió cuando yo nací.

El no haber conocido a la madre tiene que ser doloroso. Esa ausencia deja una huella imborrable. Pero, desde que Jesús, agonizante, nos entregó a su Madre, ya no hay huérfanos en la tierra. Todos tenemos una madre.

Aquel joven, seguramente, tendría dos madres en el Cielo: su madre biológica y su Madre celestial.

Y todos, como niños pequeños, necesitamos y podemos llamar "Mamá". Y eso cuando caemos y cuando estamos de pie.

Y esa Madre nunca está entretenida: nos contempla, nos escucha y nos ayuda siempre.

Rezamos un Ave María por todos los niños que han crecido sin conocer a su madre. Por tantos niños abandonados al nacer. Y damos gracias a Dios por habernos dado una Madre, su misma Madre.

15.- Hay amores que matan

Un aviador recordaba, con emoción, el consejo de su cariñosa abuela:

Cada vez que salía de casa para trabajar, para emprender algún viaje, siempre me repetía:

"Vuela despacito y bien bajo"

Y comentaba el nieto:

Lo mejor que podía hacer para estrellarme.

Es frecuente encontrarse con gente, que nos quiere, y, por una mala entendida compasión, intentan apartarnos de nuestro deber y, consecuentemente, de nuestro bien.

Y, sobre todo, en lo que se refiere a nuestra relación con Dios. Cuando alguien decide tomarse a Dios en serio, seguro que oye decir, en boca de gente que le quiere, consejos en este tono: "Yo creo que exageras". "No te pases". "No es para tanto"...

Esos compasivos no entienden que se quiera vivir la relación con Dios Padre a fondo, con pasión, a tope.

Hasta a Jesús le ha ocurrido lo mismo: "Llegados a casa, se volvió a juntar la muchedumbre, tanto que no podían ni comer. Oyendo esto sus parientes, fueron a llevárselo, porque decían que había perdido el juicio" (Mc. 3,21)

Aquellos parientes del Señor llevaban con ellos a la Virgen María. Pero la Virgen no achica nuestras ilusiones, ni las de su Hijo ni las de sus otros hijos. Yo le pido que me enseñe y ayude a volar alto, como Ella.

Rezamos un Ave María por todos nosotros, que tantas veces no llegamos a comprender los caminos de Dios y no nos decidimos a volar alto.

16.- Oración y vida

El determinante influjo de la oración en la vida lo expresaba, de forma muy gráfica, un buen sacerdote. Charlando en una ocasión con otro compañero le decía:

En esta semana me he dado cuenta de que según va la oración, así va el cura.

"Es la oración la que marca el estilo esencial de vida del cristiano; sin ella, es estilo se desfigura"

Sin amor a Dios no hay vida cristiana. Y sin trato no hay amor posible. El amor, humano o divino, nace y crece con el trato. Y la oración es, precisamente, trato con el Señor.

De ahí ese viejo ascético: "Tu vida será lo que sea tu oración".

María fue una experta en la oración, siempre estaba meditando y guardando todo en su corazón.

Rezamos un Ave María, que ella ayude a los sacerdotes y a todos los cristianos, a reservar un rato para estar a solas con el Señor. También, Madre, enséñanos a orar en la vida de cada día, tal y como tú lo hacías.

17.- Saber y pedir

Un mendigo ciego estaba a la entrada de un restaurante pidiendo limosna. Colgado del cuello tenía un cartel en el que se podía leer:

"Deme una limosna. Soy un pobre ciego".

Por casualidad, fueron a comer a ese restaurante los empleados de una empresa de publicidad. El presidente de la empresa, al pasar por delante del mendigo, le dijo:

"No le voy a dar limosna, pero déjeme que le ponga algo en ese cartel".

Sacó un rotulador y escribió algo en el cartel.

Unas dos horas después, cuando salieron del restaurante, al pasar por delante del mendigo le preguntó cómo iba aquello.

El mendigo le dijo:

"Pero, ¿qué ha puesto usted en el cartel?. En estas dos horas me han dado más que en dos semanas".

Sencillamente, el cartel ahora decía:

"Deme una limosna. Soy un pobre ciego. Y es primavera".

El fondo y la forma. Una forma inadecuada puede estropear un buen fondo. En la relación con los demás ambos aspectos son necesarios.

Saber pedir con sencillez, y hasta con gracia, predispone a dar. La actitud humilde abre el corazón del interlocutor. La actitud exigente y arrogante hace que uno instintivamente se cierre.

Con Dios debe ocurrir algo parecido, basta recordar al fariseo y el publicano.

Rezamos un Ave María por tantos mendigos como hay tirados por las calles esperando nuestra limosna, nuestra palabra amiga, nuestra cercanía y, hasta nuestra iniciativa para ayudarles a pedir.

También para que todos nosotros aprendamos a ser humildes en nuestro trato con Dios.

18.- Barullo dentro

Decía un obispo que él, muchas veces, siente la tentación de cambiar el formulario inicial de la Eucaristía y decir a los fieles:

"Hermanos, para celebrar dignamente los sagrados misterios... apagad los móviles"

El barullo de afuera es un estorbo. Pero muchas veces, y eso es aún peor, el barullo que llevamos dentro. La imaginación, las cosas que hay que hacer, las que ya hicimos... no dejan sitio a Dios.

Necesitamos apagar el "móvil" que todos llevamos dentro. Necesitamos hacer silencio exterior, y, sobre todo, interior.

Se cuenta de S. Bernardo, cuando iba a una iglesia a rezar, solía decir:

"Preocupaciones de Bernardo, quedaos aquí, a la puerta, que pronto vuelvo".

María, nuestra Madre, es maestra del silencio interior, ella supo hacer silencio para poder escuchar a Dios, así pudo dar la gran respuesta: "Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí..."

Rezamos un Ave María para que nos ayude a utilizar los signos de los tiempos y de las nuevas tecnologías, para ponernos en contacto con Dios. ¿Cuántos mensajes nos manda el Señor al día?.

19.- Cuestión de volumen.

Dos niños, siete y cinco años, llegan a la casa de su abuela en un momento en que ella está haciendo un rato de oración. Y el mayor le pregunta:

¿Qué haces, abuela?

Estaba haciendo oración. ¿Tú sabes qué es hacer oración?

Sí, contesta el niño. Es cuando Dios te habla en el corazón.

Y el pequeño, el de cinco años, exclama, muy serio:

Pues a mí debe de hablarme muy bajito, porque yo no le oigo.

Oír y escuchar, aunque a veces se confunden, tienen significado diferente y expresan una actitud también distinta. Para oír hay que escuchar, querer oír.

Y no se pueden escuchar muchas voces a la vez. De ahí que para escuchar a Dios tengamos que prestarle atención a Él y dejar de prestarla a otras cosas que nos aturden.

No es tanto cuestión de volumen. Es más bien cuestión de silencio y querer oír.

Resulta muy apropiada la súplica que se atribuye a Santa Teresa: "Señor, o grita más o afíname el oído".

Hoy vamos a rezar un Ave María por las abuelas, verdaderas catequistas de sus nietos, para que les enseñen a escuchar a Dios en la oración y en la vida.

20.- Como piden los niños

Camino de Lisboa supo Felipe II que en Badajoz malvivía, en gran penuria y ya anciano, el famoso pintor Luis de Morales, "el divino". El rey quiso visitarle y subió a su buhardilla. Cuando el anciano vio a Felipe II en su pobre casa, conmovido, se postró ante él de rodillas.

El rey, también emocionado, dijo a un criado:

Asignad a Morales cien ducados para comer.

Gracias, señor, dijo el artista. Y con admirable confianza y sencillez, preguntó:

Majestad, ¿y para cenar?

Y el rey, sonriente, añadió:

Asignad a Morales otros cincuenta ducados para cenar.

Por mucha capacidad de pedir que tengamos, y la tenemos, Dios tiene más capacidad de dar. Todos los humanos no seríamos capaces de agotar sus reservas.

Debemos y podemos pedir con la confianza y sencillez con que piden los niños.

Hoy vamos a rezar el "Magnificat", oración que rezó María con total sencillez. Recordamos a todos los niños y ancianos que pasan necesidad.

21.- Cuando truena.

Un niño, de ocho o nueve años, se acerca despavorido a un guardia municipal gritando:

¡Guardia, guardia!. Ahí en la esquina hay dos hombres peleándose desde hace media hora.

¿Media hora?. ¿Y por qué no me avisaste antes?

Porque hasta ahora iba ganando mi padre.

No está mal acordarse de Santa Bárbara cuando truena. Lo que está mal es acordarse sólo cuando truena.

Demasiada gente acude a Dios sólo cuando la vida les aprieta. A veces para pedir y otras veces para protestar.

Si se cree que Dios tiene algo que ver en las cosas que van mal, ¿por qué no se cree, igualmente, que influye en las que van bien?. Y si en aquéllas se acude para pedir o protestar, ¿por qué no acudir en éstas para agradecer?.

Rezamos un Ave María para que la Virgen nos ayude a ser agradecidos con Dios y con los demás. Ella supo hacerlo muy bien.

Nos acordamos, también de pedir por los guardias y vigilantes de nuestras ciudades y pueblos, verdaderos ángeles, en muchas ocasiones, de todos nosotros.

22.- Generosidad.

Shakespeare, en su Hamlet, nos ofrece una clara lección a propósito de cómo deben ser tratados los huéspedes. Polonio le dice a Hamlet:

"Señor, les trataremos como se merecen".

Y Hamlet responde:

"Mucho mejor, hombre, mucho mejor. Si a todos nos trataran como merecemos, ¿quién escaparía del látigo?. Tratadles como piden vuestro honor y vuestra jerarquía, que cuanto menos merezcan ellos, más mérito tendrán vuestra liberalidad".

Tratad a los demás, no como merecen ni como ellos os tratan. Tratadles como quisierais que os tratasen. Esa es la enseñanza de Jesús.

Dios nos trata mucho mejor de lo que merecemos. Pues también así debemos de tratar a los demás.

Rezamos un Ave María para que nos ayude a imitar a Jesús en el trato con todas las personas.

Hoy, día de la Santísima Trinidad, vamos a tener muy presentes a los contemplativos, que su ejemplo nos empuje a la oración y a la albanza.

23.- Manos que oran.

Uno de los cuadros más conocidos de Alberto Durero es el llamado "Manos que oran". Y detrás de ese cuadro hay una historia preciosa.

Pertenecía el pintor a una familia numerosa, dieciocho hermanos. Su padre trabajaba en unas minas de oro, cerca de

Nuremberg, como orfebre y en todo lo que podía. Dos de los hermanos, Alberto y otro, sentían gran afición por el arte. Pero sabían que su familia no podía costear los estudios de ninguno.

Después de hablar muchas veces de sus ilusiones, un domingo, al salir de la Iglesia, decidieron echar al aire una moneda a ver a cual de los dos le tocaba la suerte. El afortunado iría a Nuremberg a estudiar y el otro a trabajar a las minas para costearle los gastos. Y cuando aquel acabase sus estudios, con su trabajo de artista, le pagaría al otro para que estudiase. La suerte cayó sobre Alberto.

Pronto destacó. Después de algún tiempo ya sus obras se vendían y a buen precio.

Al acabar, cuatro años de preparación, volvió a su casa y celebraron una fiesta familiar. Al final Alberto brindó por su hermano y le dijo:

Tú me has pagado a mí. Ahora ve tú a la academia y yo me hago cargo de tus gastos.

No, hermano, respondió. Mira mis manos: el duro trabajo en la mina durante cuatro años las ha deformado. Ya no sirven para el arte. Para mí... ya es tarde.

Alberto, como homenaje a aquel hermano suyo, plasmó en el lienzo sus manos maltratadas, manos huesudas, con las palmas unidas y los dedos apuntando al cielo.

Como título del cuadro puso, simplemente, "Manos". Pero la gente, ante la fuerza de aquellas manos, le completó el nombre y le llamó "Manos que oran".

También son manos que oran las de nuestros padres. Y las manos de tanta gente sencilla que nos sirve.

Para que oren las manos sólo hace falta que las impulse y las guíe un corazón que ama, un corazón que ora amando. Es el corazón el que puede convertir el trabajo en oración.

Rezamos un Ave María por tantas personas que gastan sus manos y sus vidas al servicio de los demás. Sin olvidar a nuestros padres, a nuestros abuelos, a tantas personas que nos han ayudado a crecer, tanto humanamente como espiritualmente.

Que aprendamos a trabajar en el silencio de la oración, a imitación de María.

24.- Por el corazón

Don Manuel, el santo obispo de Málaga a principios del siglo, un día, pedía a los chiquillos una explicación a las palabras del leproso del Evangelio.

¿Por qué?, preguntaba, este hombre habló tan poco y sólo con un "si quieres" logró todo un milagro: "Señor, si quieres me puedes limpiar". (Mt 8, 2). No habría sido mejor que hubiera dicho: Señor, como eres tan poderoso, como eres Hijo de Dios, como has hecho tantos milagros, como tienes tanto talento u otra razón parecida, me puedes limpiar. Pero el enfermo, no invocó su poder, ni su divinidad, ni su sabiduría, sino sólo su querer.

Los niños callaban.

¿Por qué el éxito de una oración tan chiquita?. ¿Cuál es el secreto?

Silencio. Una manecilla se levanta, y, una cara llena de churretes, rompe el silencio:

Porque al Señor hay que pillarlo por el Corazón.

Muchas veces nos preocupamos demasiado por cómo convencer al Señor para que nos ayude. En el fondo es que no acabamos de confiar plenamente en Él. No hace falta convencerle. Basta con reconocer nuestra necesidad y ponerla en sus manos.

La súplica del leproso es una manifestación clara de confianza en el amor, la bondad y el poder de Jesús.

Ojalá nuestra oración vaya siempre acompañada de estas cualidades.

Rezamos un Ave María para que María que conoce bien el corazón de Dios, nos ayude a presentar con confianza, nuestras necesidades al Señor.

Pedimos por los niños que en estas fechas se acercan por primera vez a la Eucaristía, que ellos que tienen un corazón sencillo, se acerquen a Jesús y no se separen de Él nunca.

25.- Los tres deseos

Ese es el título de un viejo cuento que encierra su moraleja.

Era un matrimonio tan entrados en años como escasos de fortuna. Una noche, al calor de la lumbre, lamentaban su suerte y comentaban sus sueños de riquezas. De pronto bajó por la chimenea un genio y, ante el asombro de ambos, les dijo:

-Yo soy el genio de la abundancia. Vengo a concederos tres deseos, los primeros que formuléis. Un deseo a cada uno y el tercero lo que pidáis los dos de mutuo acuerdo.

Y dicho esto, desapareció. Maravillados, marido y mujer, empezaron a cavilar a ver qué iban a pedir. Después de un rato, sin acabar de aclararse, decidieron dormir aquella

noche y al día siguiente, con calma, pensar bien esos tres deseos para no estropear ninguno.

Siguieron charlando alegremente. En un momento la esposa, contemplando el fuego del hogar, dijo:

-Quien me diera una morcilla asada sobre esas brasas.

Al instante, sobre las brasas, apareció una hermosa y apetitosa morcilla.

El marido, al ver aquello, indignado, exclamó:

-¡Golosa! Por imbécil golosa ya has estropeado tu deseo. ¡Ojalá se te pegara a las narices la maldita morcilla!

Nada más decirlo, la morcilla saltó de las brasas a las narices de la mujer.

Intentaron separarla de mil maneras. Imposible; estaba tan pegada a la nariz como la nariz a la cara.

Ya sólo quedaba un deseo: el que formularsen los dos de mutuo acuerdo.

La esposa lo único que quería era liberarse del apéndice que había adquirido. El marido proponía una mina de diamantes.

-Te hago una funda de oro para la morcilla -decía a su mujer.

Pero ella no aceptaba otra cosa que la liberación de aquel aditamento. De ahí no hubo manera de apearle. Al fin el marido no tuvo más remedio que acceder. Y así las cosas volvieron a quedar como estaban antes.

Ya san Pablo nos advierte que "el Espíritu acude en ayuda de nuestra flaqueza: pues no sabemos lo que debemos pedir como conviene" (Roms, 8,26). Lo sensato es dejarle la iniciativa al Señor y que nos dé lo que quiera.

Basta con presentarle nuestra necesidad y dejar las cosas en su mano: "hágase tu voluntad.." (Mt. 6, 10)

Rezamos un Ave María, ella que siempre supo ponerse al servicio de la voluntad de Dios, que nos enseñe a ser solidarios con todos, dejando atrás nuestras avaricias y egoísmos.

26.- Correspondencia ajena

El sacristán de aquella iglesia era muy piadoso y asiduo lector de la Biblia. Un día se asoma a la sacristía uno de los monaguillos y le pregunta:

-¿Qué estás leyendo?

-Leo las Cartas de san Pablo -contesta el hombre-. Son muy interesantes. Tú también deberías leerlas...

El chico hace un gesto de negación con la cabeza.

-Oh, no, yo no... Que dice el señor cura que es pecado leer la correspondencia ajena.

Nada de lo contenido en la Sagrada Escritura nos es correspondencia ajena. Está escrita toda ella para mí.

El periódico se lee para ver lo que dice. La Palabra de Dios se lee -debe leerse- para ver qué me dice Dios a mí en esa página.

Rezamos hoy el Magnificat, una manera de recordar y hacer nuestra, la oración de alabanza de María, a la vez escuchamos a Dios en su Palabra.

27.- Cuestión de grados

De Voltaire se cuentan muchas anécdotas. Entre ellas la siguiente:

Su fama de ateo era de dominio común. Y un día se cruzó en la calle con un entierro. Al ver que se descubría ante la cruz parroquial, alguien que estaba a su lado le dijo:

-¡Anda! ¿Te has reconciliado con Dios?

-Nos saludamos -contestó Voltaire-. Pero no nos hablamos.

En la relación entre las personas caben diferentes grados. Y en la relación de cada uno con Dios, también. No es lo mismo saludarse que hablarse. Y una cosa es hablarse y otra, también distinta, es la amistad.

No suele haber cristianos que nieguen a Dios su saludo. Hay muchos que también hablan con El, al menos de forma ocasional, y, casi siempre, para pedir.

Pero lo que puede llamarse amistad con Dios, ya no es tan frecuente. Y verdadera intimidad, menos frecuente todavía.

Amistad e intimidad son fruto del trato. Y el trato con Dios se llama oración. Sin un tiempo dedicado a la oración, no hay amistad, y, menos aún, intimidad posible.

Mi relación con el Señor, ¿en qué grado está?

Terminando el Mes de María y recordando la oración del Papa Benedicto XVI, pronunciadas hoy en la Eucaristía del Corpus Christi, nos dirigimos a María, Madre de Dios y Madre nuestra.

«Mujer eucarística». María, la Madre del Señor, nos enseña realmente lo que es entrar en comunión con Cristo.

María ofreció su propia carne, su propia sangre a Jesús y se convirtió en tienda viva del Verbo, dejándose penetrar en el cuerpo y en el espíritu por su presencia.

Pidámosle a ella, nuestra santa Madre, que nos ayude a abrir cada vez más todo nuestro ser a la presencia de Cristo para que nos ayude a seguirle fielmente, día tras día, por los caminos de nuestra vida. ¡Amén!

28.- Tomar el sol

Un misionero observaba cada día a un anciano, nuevo cristiano, que pasaba horas en la iglesia, sentado en un banco y mirando fijamente al sagrario.

Un día el misionero le preguntó qué le decía al Señor, qué rezaba durante tanto tiempo.

El anciano le dio una respuesta sencilla y clara:

-Yo no rezo; no sé hacerlo. Sólo vengo a poner mi alma al sol.

¡Qué saludable es tomar ese sol! De ahí sale luz, calor, aliento para la vida.

¡Qué bueno es tomar ese Sol un rato cada día!

Si de la oración no saco otra cosa más que salir con el corazón un poco más caliente, más templado, animoso y decidido..., ¡no es poco fruto!.

Hoy, último sábado del mes de María, acudimos a Ella como a la Madre que siempre está en el lugar que ocupa una

madre, es decir, junto a sus hijos, y le pedimos, rezando un Ave María, que ella nos muestre al Sol que nace de lo Alto.

29.- Mi santa voluntad de Dios

Una joven, ya no muy joven, se paraba cada día ante una imagen de la Virgen del Carmen. Hablaba en voz alta y se le notaba como mucho interés en su oración.

Uno de los monaguillos, que la veía un día y otro, sintió curiosidad por saber lo que decía en sus rezos. Se escondió detrás de la imagen de la Virgen y se puso a la escucha. Llegó la mujer y el chaval oyó que repetía:

-¿Qué quiere Dios para mí, Virgencita, que sea casada o que sea monjita?

El monaguillo, pillo como buen monaguillo, respondió:

-¡Monjita!

Y la rezadora, enfadada, repuso, dirigiéndose al Niño Jesús:

-¡Cállate, Niño, que estoy hablando con tu Madre!

¡Qué difícil nos resulta ser sinceros con Dios!

¡Qué fácil es engañarnos a nosotros mismos!

Necesitamos coraje para buscar, sinceramente, el querer de Dios y no el nuestro.

Para seguir a Jesús hace falta negarse a uno mismo.

María que siempre supo escuchar a Dios y guardar dentro de su corazón todos los acontecimientos de su vida, nos ayude a

cada uno de nosotros, a buscar siempre y en todo la voluntad de Dios, el único que, aunque no lo podamos entender ahora, quiere de verdad nuestro bien. Rezamos un Ave María.

30.- Mala puntería

El rey Luis XIV se dio cuenta un día de que era muy poca la gente que había asistido a misa en la capilla real, cuando habitualmente solía estar llena. Aunque, a cambio, los que estaban vivían con tanta atención sus rezos, que ni se dieron cuenta de la presencia del rey.

Aquello resultaba tan insólito, que quiso saber la causa, y le preguntó a su capellán, el obispo Fénelon.

-Hay una explicación muy sencilla -dijo el obispo-. Anuncié esta mañana que su majestad no pensaba asistir hoy a misa. Quería comprobar quienes son los cortesanos que vienen por adorar a Dios y quienes por adular al monarca.

Hasta en lo más sagrado se nos cuegan intenciones torcidas. ¡Cuántas cosas buenas hacemos maleadas por una intención no recta!

"Estad atentos a no hacer vuestra justicia delante de los hombres para que os vean. De otra manera no tendréis recompensa ante vuestro Padre, que está en los cielos" (Mt.6, I). De no ser así, "ya recibieron su recompensa".

Le pedimos a María, nuestra Madre, rezando un Ave María, para que siempre nos ayude a celebrar nuestra fe con un convencimiento pleno, no para ser vistos por los demás, sino para alimentar nuestra vida con la Palabra de Dios, dando gloria a ese Dios que nos quiere tal como somos.

31.- Sin manos

Isabel Agüero-Espejo Saavedra, en un precioso libro, "Bolitas de Anís, cuenta su conversación con una de sus alumnas:

Una pequeña de seis años me dibujó sin manos. Me dijo:

-Maestra, te he hecho un retrato.

Al verlo, exclamé:

-Pero... ¡cómo! ¡Se te han olvidado las manos! Me has dibujado manca.

-Sí -contestó consciente de su omisión-. Como tú no pegas...

¡Pobre niña! Es triste y lamentable la experiencia que tiene de la función de las manos.

Muchas veces los medios y posibilidades que Dios nos ha dado para honrarle y servir a los demás, los empleamos en mortificarles a ellos y ofenderle a El.

Cuando usamos rectamente los dones que Dios nos dio, en realidad, rezamos con todo nuestro ser y con cada uno de sus miembros.

Hoy, último día del mes de María, La Visitación de María, vamos a darle gracias por habernos enseñado el camino de la fe.

Pedimos por todos los niños que son maltratados, que son negociados, que son abusados, que María les acompañe siempre.

Rezamos una Salve a nuestra Reina y Madre.